

—¿Te quedas con nosotros, Emil?

El prestamista se levantó lentamente y se encasquetó el sombrero, que sólo le cubría la coronilla, de modo que dejaba a la vista su frente reluciente, por donde se escurrían gruesas gotas de sudor.

—Gracias por la invitación, señores —susurró—, pero me es imposible acompañarlos esta noche.

Tibor se puso en pie bruscamente.

—Me gustaría hablar con usted mañana, señor Havas.

—Estoy a su disposición, señor Prockauer, cuando desee —repuso el otro entornando sus gruesos párpados.

—Pero no en la casa de empeños.

—Como prefiera —convino Havas—. Entonces, a las dos en mi casa. Estoy a su servicio. —Echó una rápida mirada alrededor—. Vendrá también el señor Ábel, ¿verdad?

Éste se ruborizó. Tibor miró hacia otro lado.

—Sí, iré —se apresuró a confirmar Ábel.

Havas asintió con la cabeza sin mostrar la menor sorpresa. No estrechó la mano de nadie antes de salir. Cuando se hubo marchado, Tibor se sentó frotándose los ojos.

—Bien, ahora vamos a divertirnos —dijo el actor.

Xilografía

Rodeada de montañas, bajo un manto protector, la ciudad duerme. Las tres agujas de sus iglesias apuntan hacia el cielo con indiferencia. En la estación, una locomotora maniobra y emite un silbido prolongado. La ciudad cuenta con alumbrado eléctrico y agua corriente. Está situada entre tres montes, en los que hay algunos yacimientos de cobre y magnesio. Bosques densos trepan por las laderas escarpadas. La cima del monte más elevado se cubre cada invierno de una capa de nieve resplandeciente que resiste largo tiempo al sol. Los habitantes están muy orgullosos, pues esa blancura confiere a la ciudad un fondo de paisaje alpino. Un torrente de aguas rápidas la atraviesa, y el soplo de la naturaleza la llena siempre de aire fresco y puro. Un tranvía maltrecho comunica la estación con la plaza mayor. Hay también una pequeña ensenada, y la gente, aunque no la utiliza, está contenta de tener ese pedacito de mar. Las casas son altas y angostas, pegadas las unas a las otras, pues la ciudad, habitada desde tiempos remotos, se levanta sobre el emplazamiento de una antigua fortaleza feudal. El convento ocupa un vetusto edificio pintado de amarillo, y por la mañana y la noche se ven monjes vestidos con su hábito de estameña marrón, los pies calzados con sandalias y el rosario colgado de la cuerda que llevan a modo de cinto. Van a la iglesia para cumplir con sus

deberes religiosos. El palacio del obispado tiene un amplio balcón de hierro forjado, con ornamentos del barroco tardío, en el que se yergue un asta de bandera. El obispo sale a pasear todas las tardes, a las tres, acompañado de su secretario; el sol se refleja en la seda de su sombrero y la pequeña borla ondea en el aire. Responde con una inclinación cortés al saludo de los transeúntes. Se levanta temprano; es un anciano a quien el sueño esquiva, y el alba lo encuentra sentado a su alta mesa, escribiendo con caracteres menudos como perlas minúsculas. En el sótano del ayuntamiento se vende un vino de un frescor sepulcral. La bodega está construida con sillares y durante siglos la gente iba allí a beber. Entre sus paredes ennegrecidas, que aún conservan las huellas de las antorchas del pasado, el aire es húmedo y está impregnado de las emanaciones etílicas que escapan de los toneles y se mezclan con el denso olor de las velas de estearina. Reina el régimen de los bonos de racionamiento de pan y el cierre obligatorio de los comercios a la hora establecida. Interminables trenes, de doscientos a trescientos metros de largo, atraviesan continuamente la ciudad; los guardagujas ya no los saludan. Transportan soldados heridos o de permiso. Se detienen a la entrada de la estación y las portezuelas de los vagones permanecen abiertas durante una hora. De su interior sale el olor característico del fenol y el yodoformo, junto con un silencio profundo. El olor acre invade toda la ciudad y resulta particularmente insoportable en los alrededores de la estación. En los andenes hay hileras de barriles de cal viva. Para algunos el viaje termina aquí; los sacan del vagón y los cubren de cal. Ya hace casi cuatro años que esto ocurre y la ciudad se ha acostumbrado; como se han habituado incluso los pasajeros de estos trenes interminables, sobre todo aquellos a los que habrá que cubrir con cal, los más silenciosos. En los andenes ya no se ven enfermeras voluntarias, esas bellas damas de la ciudad que al principio se prestaban a atender a los heridos, vestidas con blusas de una blancura

deslumbrante, la cruz roja en el brazalete y la cofia, cual maniqués de cera en los escaparates de unos grandes almacenes. Ahora sólo hay un par de enfermeros militares, desprovistos de todo glamur, que levantan las camillas valiéndose de su fuerza bruta al grito de «¡Arriba!».

La guerra tiene lugar lejos de aquí, las detonaciones no se ven ni se oyen, pero su suciedad llega a la ciudad, del mismo modo que la ceniza de un gran incendio se posa en regiones distantes. Al principio sus habitantes supieron de la guerra por los telegramas; después por el paso incesante de los trenes. Luego se acondicionaron como hospitales las aulas de una escuela primaria y un ala del convento. Más tarde, algunos varones insignes de la localidad fueron condecorados por los servicios prestados a la patria. El dueño de la papelería, un anciano vivaracho y regordete, ya no clava alfileres con las banderas de los victoriosos ejércitos de las potencias centrales en los mapas de Francia y Rusia que tiene en su escaparate, como al principio hacía todas las mañanas. Ya no clava nada, incluso ha adelgazado un poco, y nadie repara en sus mapas. La ciudad se ha acostumbrado a la guerra, nadie habla de ella; la gente ya no arranca de las manos de los vendedores las ediciones especiales del periódico local, ya no corre a la estación para conseguir los diarios que llegan de la capital. Sí, los ciudadanos se han acostumbrado a la guerra, como se acostumbra uno a la vejez, a la idea de la muerte y a cualquier cosa en este mundo. Ahora las calles están más sucias, han desaparecido rostros bien conocidos y muchos visiten de luto. Sin embargo, no se puede negar que entre las ruinas florece cierta prosperidad. En el frente, la guerra es un torbellino infernal en que los restos humanos se mezclan con la tierra removida, mientras que aquí el inspector de cuentas del ayuntamiento, con su lustroso traje gris y los zapatos beis, todas las mañanas toma el fresco en el parque, aún impecable por los cuidados del jardinero. Por la avenida pasean las jovencitas que hace cuatro años eran todavía ni-

ñas, y los hombres, aun en estos tiempos de guerra, las miran con deseo. No obstante, las calles, antes limpias, están llenas de basura, y las casas, antes tan pulcras y vistosas con sus colores vivos, como piezas de una ciudad en miniatura en una caja de cartón, ahora no se remozan ni se pintan. En los escaparates de los colmados se ven carteles que anuncian la inminente llegada de pescado en salmuera, pero es lo único que hay en ellos. Las columnas de publicidad están cubiertas de avisos oficiales azules, amarillos y rojos, pero, por muy rigurosos que sean los decretos, aquellos que gozan de una buena posición se las apañan para salir adelante. Todas las tardes, el notario de la ciudad, acompañado de su galgo, atraviesa con paso lento la plaza de San Juan con la escopeta al hombro. Se dirige a la orilla del río para disparar unas perdigonadas. El cine está repleto cada noche, y el teatro también llena la sala cuando hay función de opereta, con las infalibles gracias del cómico Amadé Volpay. Un día, un día lejano, Péter Garren estará sentado al sol en una gran ciudad y dirá en voz alta: «la guerra mundial». Pero esas palabras no evocarán en él más que la imagen de Tibor y Amadé, la curiosidad y la angustia que habían despertado en él. La ciudad natal no se identifica con un campanario, una plaza con una fuente o la próspera actividad comercial o industrial que pueda tener lugar en ella. La ciudad natal es un soportal bajo el cual te vino por primera vez una idea a la cabeza; es un banco donde te sentaste a meditar sobre algo que no comprendías; es un instante de vértigo durante una zambullida en el río, donde de pronto tuviste el recuerdo de una existencia anterior; es un guijarro hallado en el fondo de un viejo cajón, que no sabes por qué guardaste; es el sombrero de tu profesor de Religión, con una gran mancha oscura; es la angustia que te oprimía el corazón antes del examen de Historia; son los juegos extraños que nadie comprendía y de los que te habría avergonzado hablar; es una mentira cuyas consecuencias atormentarán tus sueños toda la vida; es un obje-

to valioso en la mano de una persona; es una voz, oída una noche a través de la ventana abierta, que nunca olvidarás; es una habitación iluminada, y son los flecos en el bajo de una cortina. Ábel jamás mecerá a sus nietos en sus rodillas hablándoles de la guerra porque, como a tantos otros, sus nervios no habrán guardado de esa época más que la sensación de miedo y angustia. Pero para él ese miedo se identifica con la persona de Tibor y esa angustia se encarna en Amadé. La ciudad tiene sesenta mil habitantes y dispone de una cancha de tenis. Ahora duerme. El alcalde, enfermo del corazón, se agita en la cama. En su mesilla de noche hay un vaso de agua, y en el fondo del vaso una dentadura postiza. En alcobas húmedas, al lado de las madres, los padres todopoderosos descansan con sus camisas de dormir. Encima de la ciudad, en los bosques de las montañas, los animales nocturnos se van despertando.

El actor dice:

—¡Qué pena que no podáis conocer el vodka! El genuino vodka, el más puro, hace que el mundo se vea azul.

mos al burdel; es lo que hacen todos después de la reválida. Y creen que es Amadé quien nos lleva. Por otro lado, no estaría mal. El gigante de Jurák, que fue allí la semana pasada, dice que hay una chica nueva, una rubia recién llegada de la capital, y que le mostró su licencia profesional. Jurák leyó el documento de cabo a rabo. La policía regula hasta el último detalle de la actividad de esas chicas; por ejemplo, en el papel se indica por qué calles pueden pasear para buscar clientes, y que se les permite asistir a la ópera y el Teatro Nacional, siempre que se sienten en la segunda planta, en el gallinero, y también se especifica la comisión que deben pagar por cada cliente que reciben en la casa de citas. Sería muy interesante leer el texto. Y leer todo lo que se ha escrito hasta ahora. Y ver también todo cuanto han inventado y creado los hombres. Conocer todo, absolutamente todo.

»¿Por qué no salimos de una vez? Tibor me odia; Ernő, también. Creo que nos odiamos todos. No aguanto a Amadé, y el tonto de Lajos me saca de quicio con sus preguntas estúpidas, siempre fuera de lugar. No quiero que Tibor me odie. Sé que no tiene muchas luces y que yo soy muy diferente, pero me atrae. Lo veo superior por la sencilla razón de que es guapo. Me hace sufrir, pero él no tiene la culpa. Si aceptase mi amistad, yo lo acompañaría a donde hiciese falta, cuidaría de él y le explicaría todo lo que pienso y hago, aunque sé que no le intereso ni me presta atención. Para conquistarlo debería hacerle un regalo, entregarle algo de muchísimo valor. Pero ¿qué? Ya le he dado cuanto tenía y le he contado toda mi vida. No tengo nada más que ofrecerle. Dentro de poco nos separaremos y cada uno seguirá su camino. Me gustaría ir a la casa de las mujeres esta noche. Quizá ésa sea la sorpresa que nos prepara Amadé, llevarnos allí. ¿Por qué no nos movemos de una vez? La *prima donna* también nos mira y nos hace señas. Seguramente es porque le gusta Tibor. ¿Qué haría yo si el actor se la presentase? Ahora puede hacerlo, todo está permitido. Debo desenmas-

carar al tramposo. Debo deshacerme cuanto antes de Amadé y Ernő. Y no quiero soñar más con Havas. Quiero ser adulto, pero ¿cuándo será eso?»

La puerta giró por fin y los muchachos se encontraron en la calle.

La plaza, bajo la espesa capa de reluciente barniz que extendía la luna, resplandecía solemne. Las casas de estilo barroco dormitaban, tripudas, en la claridad pálida y dulzona. Por la puerta giratoria escapaban algunas ráfagas de música que se difundían un poco antes de desvanecerse en el silencio profundo. La iglesia ocultaba un ancho trozo de cielo y parecía descargar el peso plúmbeo de su sombra sobre los edificios bajos. Tras la enorme ventana doble del obispado brillaba una luz. En el centro de la plaza, en el minúsculo jardín público alrededor de la fuente, sin agua desde hacía tiempo, las flores de los castaños relucían como pequeños candelabros.

El aire era tibio y denso, propio de las noches estivales. No se veía un alma. El teatro, con la alta cúpula que coronaba el área de bastidores y sus líneas carentes de armonía, se alzaba desgarbado delante del jardincito, como un granero abandonado. Sus ventanas, oscuras y cubiertas de telarañas, miraban vacías como ojos de ciego. La ciudad dormía profundamente su primer sueño. Desde la estación llegó el agudo silbido de una locomotora como si advirtiese a los habitantes que, por más que escondiesen la cabeza bajo la almohada para no ver ni oír nada, los trenes pasaban sin cesar repletos de silenciosos pasajeros. Pero ese aviso no parecía turbar la indiferencia de la ciudad. Ante el cuartel, dos centinelas tocados con cascos de trinchera montaban guardia yendo y viniendo entre las dos garitas.

Detrás de la ventana iluminada, el obispo, sentado en un sillón de respaldo alto, leía el periódico. En la mesita que tenía delante había un vaso de agua y una aspirina envuelta

en oblea blanca. De vez en cuando tendía su mano huesuda hacia el vaso, se humedecía los labios y reanudaba la lectura. Como el emperador, el prelado dormía en un modesto catre de campaña, sobre el cual colgaba de la pared un crucifijo de marfil. El escabel cubierto con un cojín de terciopelo púrpura donde se arrodillaba para rezar estaba pegado a la otra pared. Las cortinas, que pendían pesadamente de las ventanas, eran del mismo color. El obispo era un hombre muy anciano y sufría de insomnio. Se acercó a la biblioteca y deslizó sus finos y blancos dedos por el lomo dorado de los volúmenes, con la delicadeza de un organista que recorre las teclas en busca del tono más apropiado al momento. Tras sacar varios libros con parsimonia y colocarlos de nuevo en su sitio cogió un grueso volumen negro y lo bajó del anaquel, jadeando por el esfuerzo. El anciano, menudo y achacoso, se dirigió despacio hacia su cama con el pesado libro en la mano, lo puso en la mesita de noche, entre el breviario y el rosario, lo abrió y observó algunas ilustraciones. Era la obra de Brehm sobre la vida de los animales. Con la respiración entrecortada se sentó en el borde del catre y se quitó los botines.

Todas las ventanas del hospital estaban iluminadas, como las de una fábrica próspera donde se trabaja día y noche. Al final de la calle, bajo el puente del río, las aspas del gran molino giraban sin descanso.

Los cinco muchachos atravesaron lentamente la plaza bañada por el claro de luna. Sus largas sombras los seguían. Se detuvieron en medio del jardín, donde el olor acre de un saúco en flor, escondido entre otros arbustos, era tan intenso que parecía rozarlos como algo palpable. Encendieron cigarrillos sin pronunciar palabra. Las casas que los rodeaban, resplandecientes a la claridad ambarina, componían el decorado de su niñez. Conocían a sus moradores y sabían quiénes velaban o dormían detrás de las ventanas. Las letras doradas del rótulo de la librería habían perdido el brillo. En

esos comercios, todos de tejado bajo, siempre habían realizado sus compras al fiado: lápices, libros, sombreros, cuellos de camisa, sierras y linternas de pilas. «Apúntelo en la cuenta, por favor.» El crédito de los padres era un caudal que parecía inagotable, dado que había servido para costear los gastos durante toda su infancia. Sobre la calzada se proyectaba una fina franja de luz que se filtraba desde el interior de la farmacia por una rendija en la persiana. El boticario no se había acostado; sin duda recibía la visita de unas damas, que se divertían en la buena compañía de unos oficiales de la guarnición local bebiendo «coñac medicinal». Las campanadas que señalaban la hora sonaron estruendosamente en el silencio y dejaron tras de sí un tintineo melodioso, como un cristal muy fino al romperse. Con el pitillo en la mano izquierda, los jóvenes rodearon el saúco y, tras desabotonarse el pantalón con la derecha, regaron la hierba. El manco sostuvo el cigarrillo entre los labios porque necesitaba su única mano para realizar la operación.

Tíbor empezó a silbar. Echaron a andar por la hierba húmeda y salieron del jardín público. El zapatero, sentado en su taller bajo el círculo de luz de un candil, leía en voz baja, silabeando, la biografía de los más insignes generales. De vez en cuando interrumpía la lectura, fijaba la vista al frente y suspirando se mesaba la barba con la mano derecha. En la biblioteca municipal, sobre el entarimado de la amplia sala iluminada por la luna donde se almacenaban treinta mil libros, un ejército de ratas se daba un festín. La ciudad era antigua y estaba plagada de roedores. Una vez, el consistorio había contratado los servicios de un especialista, que tras encerrarse un par de horas en el teatro dejó la platea, los palcos, los pasillos y el escenario sembrados de cadáveres de ratas y ratones. Ábel se acordaba aún de la súbita aparición de ese señor, que en una sola tarde había desinfectado todos los edificios públicos y que al día siguiente se había marchado llevándose no sólo sus honorarios, sino también el secreto

profesional de tan sabio y eficiente método de acabar con las ratas. Se rumoreaba que era italiano.

La luna de primavera posee el extraño poder de dilatar las cosas que ilumina. Los objetos, los edificios, las plazas, incluso poblaciones enteras parecen absorber su luz e hincharse cual cadáveres en el agua, como esos que últimamente la rápida corriente del río arrastraba a través de la ciudad. Eran cuerpos de soldados caídos en el frente que venían de lejos, de torrentes y arroyos de montaña, que unían sus caudales a una sinuosa red de afluentes que con las crecidas primaverales avanzaban rápidamente hacia su destino final: el mar. En invierno, los cadáveres descansaban en las aguas heladas del norte, hasta que los primeros deshielos de la primavera los trasladaban hacia la Gran Llanura. Llegaban a la ciudad en un estado avanzado de descomposición. Aún se apreciaban las heridas en las cabezas y los torsos desnudos mientras flotaban en el agua; las extremidades y los vientres hinchados asomaban a la superficie, en tanto que las cabezas permanecían sumergidas. El río obraba con gran discreción, efectuando esos transportes macabros por la noche y con la máxima rapidez, como si no quisiera perturbar la calma de los habitantes de la ciudad. Aquella primavera no paraba de traer muertos, jóvenes y viejos, a veces en grupos, dos o tres de los cuales se quedaban atrapados cada semana en las pilastras del puente. Entonces, los molineros los sacaban a la orilla e intentaban descifrar sus documentos de identidad, que los soldados llevaban colgados del cuello en un estuche de estaño cerrado herméticamente. Si lo lograban, al día siguiente el periódico local publicaba el nombre del caído.

Los bosques de abetos de los alrededores habían sido arrasados por una tormenta al principio de la guerra, pero el viento continuaba llevando a la ciudad una intensa fragancia a resina desde algún lugar lejano. En las noches cálidas de primavera ese olor impregnaba el aire con la tibieza densa de un baño de vapor perfumado con esencia de abeto. En la

esquina de la calleja de los Pescadores, el carnicero y sus dos hijas dormían en la misma alcoba. La puerta de la tienda estaba abierta, de modo que la luna iluminaba sus cuerpos y los cuartos de carne colgados de gruesos ganchos a lo largo de la pared. Sobre el mostrador descansaba una cabeza de cordero con los ojos cerrados, de la que caía un hilo de sangre negra que se deslizaba por el mármol. El anciano abogado, que siempre era el último de la ciudad en acostarse, estaba en su gabinete, sentado en su preciosa butaca de cerezo forrada de terciopelo granate y guarnecida con tachuelas esmaltadas en blanco. Tenía en el regazo varias cajas de vidrio polvorientas y estaba concentrado examinando con una lupa unos especímenes importantes de su colección de mariposas; de las paredes colgaban miles de ejemplares disecados. Sobre el escritorio yacían una pipa larga y un tamiz para filtrar las impurezas del tabaco. Al lado, en un marco de cobre rodeado de un crespón, se encontraba la fotografía de sus dos hijos caídos en la guerra. Pero el abogado ya no los lloraba, porque era demasiado viejo y hacía dos años que habían muerto, tiempo suficiente para superar cualquier dolor. Desde hacía setenta años su pasión era coleccionar mariposas. Nunca salía de casa sin la red y un frasquito de cloroformo, que llevaba en el bolsillo de su redingote de largos faldones, incluso cuando iba al juzgado. Con los primeros calores de la primavera se lo veía en los campos de los alrededores con la red en la mano; su barba blanca se agitaba al viento y los faldones ondeaban detrás de él, mientras saltaba de surco en surco persiguiendo mariposas.

La pandilla conocía de vista a cientos de personas —entre ellas inválidos, sacerdotes, mujeres jóvenes y maduras—, gente que compartía el mismo escenario sin más razón que su origen o profesión y que, aunque creían estar bien informados de la vida de los otros, en realidad no sabían nada. Probablemente el rostro o la voz de esos personajes perseguiría a los cinco muchachos hasta el fin de sus días, y quizá

no puede regresar así a su casa. Pasa los días deambulando por las calles como un loco, mirando alrededor. Tal vez incluso habla solo en voz alta. No entiende nada. Se siente como si de pronto hubiese perdido la vista o el oído, o como si le hubiesen arrancado un brazo... ¿Los aburro, señores?

La lluvia repiqueteaba en los cristales y los truenos hacían temblar la ventana. Sin moverse de su asiento, Havas elevó la voz para hacerse oír por encima del fragor de la tormenta.

—«Tal vez el aire de Lemberg te afecta a los nervios», se dice nuestro hombre. Una noche, se dirige a la estación de ferrocarril. «Tenías un hogar», piensa. «Tu esposa no paraba de llorar porque eras un mujeriego e ibas de juerga, pero tenías un hogar. Eras alguien. En las noches de invierno los amigos te visitaban. Habrías podido llegar a concejal. Ahora has caído más bajo que una chinche. ¿Por qué?» No lo comprende. Quisiera morir. Morir es volver al seno de Abraham. No sé si ustedes conocen las Sagradas Escrituras, señores. El tren avanza bajo la lluvia y él va en ese tren. Dos campesinos polacos roncan a sus pies y el compartimento apesta a ajo y aguardiente. Tiene la mirada perdida, mueve la cabeza como un paraplégico y habla solo. Los otros viajeros lo miran. Los señoritos deben saber que las desgracias jamás vienen solas. Su única hija se ha fugado hace quince días con un teniente inválido de los ulanos. Nuestro hombre se rasga las vestiduras en señal de duelo y no pronuncia más el nombre de su hija. «Eres un hombre como los demás, que todavía puede pasar unos buenos años en este mundo», se dice. «No; ahora vales menos que una chinche. Dios te ha pisoteado. No eres nada ni nadie. Ten presentes las palabras de la ramera de Lemberg.» Y al recordarlas tiembla y casi se marea. Piensa en las mujeres del burdel sentadas en ropa interior sobre los peldaños de la escalera, señalándolo con el dedo entre risitas. Pasan los meses. No habla con nadie y deja de ir a los prostíbulos. Cada vez que piensa en la prostituta de

Lemberg, se indigna, la ira le nubla la vista, quisiera destrozarlo todo o subir al primer tren para ver a la muchacha y estamparle la cabeza contra la pared. Cuando está solo, reza o bebe y blasfema. Ya no es el mismo. Se hace reproches. «Já más dedicaste una palabra de cariño a tu pobre mujer. Dios te ha castigado quitándote la fuerza viril mientras estabas en prisión. La maldición de los antepasados ha caído sobre ti.» Va a ver al rabino, le da dinero y le pide consejo. Le dice: «Rabino, Dios me ha castigado. Ya no puedo hacer lo que hacen los hombres con sus mujeres.» El rabino lo mira desconcertado; es un santo hombre que nada sabe de la vida. «Tienes que aguantar, hijo. Dios te hace pagar tus pecados. ¡Ten paciencia!» «Dios misericordioso, ¿hasta cuándo tengo que aguantar?», se lamenta nuestro hombre. El rabino lo reprende: «Eras un hombre entregado a las pasiones y la vida pecaminosa. No respetabas los preceptos de la religión, no santificabas las fiestas como manda nuestra tradición. Te dedicabas a negocios ilícitos, engañabas a la gente, bebías y comías como un buey y corrías detrás de las mujeres. ¿Qué pretendes entonces de Dios? En esta vida hay un tiempo para cada cosa, para lo bueno y para lo malo. ¿Qué te has creído? ¿Para qué están los preceptos de nuestra fe? ¿Para pisotearlos? ¡Ve al templo, hijo, y reza tus oraciones!» Nuestro hombre va a la sinagoga y reza. Se retira a un rincón, junto a un pilar, aislado como un leproso, y se siente tan miserable que no se atreve a mirar a nadie a los ojos. No comprende la oración; se inclina y murmura las palabras, pero ya no sabe implorar ni llorar como antes y la plegaria no le proporciona ningún alivio. Pasa un año. Sigue solo, no habla con nadie. Cuando vaga por la ciudad, tiene miedo de perder el control y echar a correr de pronto derribando a los transeúntes que encuentre a su paso. No habla y camina entre la gente con los labios apretados.

Havas hizo una pausa, ladeó la cabeza y se agarró a la mesa.

—Ese rayo ha caído muy cerca de aquí —observó sin volverse hacia la ventana—. ¡Ay, señores! La vida no es tan fácil como creen ustedes. Es bueno que se vayan enterando —continuó despacio—. Al final no se atreve ni a salir a la calle. En su pecho retumba la cólera como una máquina infernal. Teme explotar y provocar una desgracia. Se siente capaz de incendiar la maldita ciudad y cubrirla luego de sal. «Esa mujerzuela de Lemberg me lo dijo a la cara», piensa, «pero ¿cómo pudo darse cuenta de algo que hasta hace poco tú mismo ignorabas...? ¿Hay algún signo externo que lo indique? ¿Lo ven también los demás? Ay, Dios mío, así no se puede vivir». Cuando se aventura a salir a la calle, baja la vista; no osa mirar a un muchacho o a una chica bonita a la cara. Odia a los jóvenes alegres y vigorosos, que no tienen problemas para yacer con una mujer. «Algún día me vengaré de ellos», piensa. Se lamenta como una vieja y se hace reproches: «No se puede vivir entregado sólo a los placeres, como has hecho siempre. Los santos padres tenían razón. Con su infinita sabiduría nos impusieron leyes severas y tú te has burlado de ellas: has caído en los pecados de la fornicación y la gula, te has convertido en ese odre, esa bola de grasa, de que hablan las Escrituras, has engañado a tu prójimo, y por todas esas cosas el Señor te castiga.» Nuestro hombre se entrega día y noche a estas meditaciones. «El Señor justiciero hizo caer sobre Sodoma y Gomorra una lluvia de azufre y fuego que quemó a todo ser vivo. Todos somos pecadores, tú también, y el Señor te ha enviado una lluvia de fuego a causa de tus pecados.»

Havas se llevó la garrafa a la boca y bebió con avidez.

—Un día, mientras está sentado en su tienda, entra un cojo con una barba que parece postiza, como de Carnaval. Quiere empeñar un reloj de cuco. Cuando nuestro prestamista lo rechaza, el cojo barbudo camina penosamente hasta la puerta, se vuelve y exclama: «¡Todos somos pecadores!» ¡Justamente el pensamiento que atormenta a nuestro hom-

bre! Llama al cojo, que se acerca a la ventanilla y pronuncia un sermón. «La purificación es el privilegio de los pecadores», afirma, y farfulla algo sobre una serpiente de bronce. Nuestro hombre lo escucha. «Por fin un loco entre tantas personas sensatas», piensa, y dice: «Señorita, escriba: un reloj de cuco...» Luego piensa: «Otro pájaro: mala señal.» El profeta se va, no sin antes recomendar sus servicios al prestamista y darle la dirección de su taller. En lo tocante a su negocio no está tan loco como parece. Nuestro hombre sigue su vida, apático, sin ganas de comer ni beber; el vino le sabe ácido y a veces le nubla la vista. Cuando ve a una mujer, baja la cabeza. «Las manos de Dios te tienen apretado y no te sueltan», piensa. Una tarde, se acuerda del loco de la calleja de los Pescadores, toma un par de zapatos viejos y los lleva a remendar. Al verlo, el zapatero se levanta de su taburete, acude renqueando a su encuentro y comienza a predicar. Reanuda su sermón sobre el éxodo de los judíos y sus marmitas llenas de carne. «¿Cómo sabe que tengo en mi casa bandejas con carne?», se pregunta nuestro hombre. El zapatero vuelve a sentarse sin interrumpir su discurso. El prestamista lo escucha con interés; todo esto le parece divertido. En un rincón un chaval lee a la luz de una vela, sin prestar atención a los adultos. «Es mi hijo», dice el zapatero, «y un día formará parte de la clase superior. Ernó, ¡ponte de pie y saluda al distinguido señor!».

Acodado en la mesa, con el torso inclinado y el rostro entre las manos, Havas hablaba con voz entrecortada, jadeante, y sus ojos brillaban en la penumbra, muy cerca de los muchachos. Ábel se reclinó en la silla, se agarró al asiento con fuerza y permaneció así, inmóvil.

—Es un muchacho muy inteligente —prosiguió Havas en un susurro—. Un frágil gorrión, pero muy espabilado. Al día siguiente lleva al prestamista los zapatos arreglados. Empieza a visitarlo con frecuencia, siempre a la misma hora, después de comer. Es un jovencito maduro y listo, a